

Gumerindo Botella, Miralles

EL AMIGO DEL PUEBLO

SEMANARIO GRATUITO

AÑO IV

Alcoy, 6 de Noviembre de 1909

NUM. 167

La desigualdad es un mal irremediable

Hay ciertas voces que expresando una idea general, aplicable á muchos y muy diferentes objetos y en los sentidos mas varios, parecen inventadas adrede para confundir. Todos las emplean, todos se dan cuenta á sí mismos de lo que significan; pero cada cual á su modo; resultando una algarabía que lastima á los buenos pensadores.

«La igualdad de los hombres, dirá un declamador, es una ley establecida por el mismo Dios. Todos nacemos llorando, todos morimos suspirando: la naturaleza no hace diferencia entre pobres y ricos, plebeyos y nobles; y la religión nos enseña que todos tenemos un mismo origen y un mismo destino. La igualdad es obra de Dios; la desigualdad es obra del hombre; solo la maldad ha introducido en el mundo esas horribles desigualdades de que es víctima el linaje humano; solo la ignorancia, y la ausencia del sentimiento de la propia dignidad han podido tolerarlas.» Esas palabras no suenan mal al oído del orgullo; y no puede negarse que hay en ellas algo de especioso. Ese hombre dice errores capitales y verdades palmarias; confunde aquellos con estos; y su discurso seductor para los incautos, presenta á los ojos de un buen pensador una algarabía ridícula. ¿Cuál es la causa? Toma la palabra «igualdad» en sentidos muy diferentes, la aplica á objetos que distan tanto como cielo y tierra; y pasa á una deducción general, con entera seguridad, como si no hubiese riesgo de equivocación.

¿Queremos reducir á polvo cuanto acaba de decir? He aquí como deberemos hacerlo.

—¿Qué entiende V. por igualdad?

—Igualdad, igualdad... bien claro está lo que significo.

—Sin embargo no será de mas que V. nos lo diga.

—La igualdad está en que el uno no sea ni mas ni menos que el otro.

—Pero ya ve V. que esto puede tomarse en sentidos muy varios; porque dos hombres de seis pies de estatura serán iguales en ella, pero será posible que sean muy desiguales en lo demás; por ejemplo, si el uno

es barrigudo, como el gobernador de la ínsula Barataria, y el otro seco de carnes como el caballero de la Triste Figura. Además dos hombres pueden ser iguales ó desiguales en saber, en virtud, en nobleza, y en un millón de cosas más; con que será bien que antes nos pongamos de acuerdo en la acepción que da V. á la palabra igualdad.

—Yo hablo de la igualdad de la naturaleza, de esta igualdad establecida por el mismo Criador, contra cuyas leyes nada pueden los hombres.

—Así no quiere V. decir más sino que por naturaleza todos somos iguales....

—Cierto.

—Ya; pero yo veo que la naturaleza nos hace á unos robustos, á otros endeble, á unos hermosos, á otros feos, á unos ágiles, á otros torpes, á unos de ingenio despejado, á otros tontos, á unos nos da inclinaciones pacíficas, á otros violentas, á unos.... pero sería nunca acabar si quisiera enumerar las desigualdades que nos vienen de la misma naturaleza. ¿Dónde está la igualdad natural de que V. nos habla?

—Pero estas desigualdades no quitan la igualdad de derechos...

—Pasando por alto que V. ha cambiado ya completamente el estado de la cuestión, abandonando ó restringiendo mucho la igualdad de la naturaleza, también hay sus inconvenientes en esa igualdad de derechos. ¿Le parece á V. si el niño de pocos años tendrá derecho para reñir y castigar á su padre?

—V. finge absurdos...

—No señor, que esto y nada menos que esto exige la igualdad de derechos; si no es así deberá V. decirnos de qué derechos habla, de cuáles debe entenderse la igualdad y de cuáles nó.

—Bien claro es que ahora tratamos de la igualdad social.

—No trataba V. de ella únicamente; bien reciente es el discurso en que hablaba V. en general y de la manera más absoluta, solo que arrojado de una trinchera se refugia V. en la otra. Pero vamos á la igualdad social. Esto significará que en la sociedad todos hemos de ser iguales. Ahora pregunto ¿en qué? ¿en autoridad? Entonces no habrá gobierno posible. ¿En bienes? Enhorabuena: dejemos á un lado la justicia, y hagamos el repartimiento; al cabo de una

hora, de dos jugadores el uno habrá aligerado el bolsillo del otro, y estarán ya desiguales; pasados algunos días, el industrioso habrá aumentado su capital, el desidioso habrá consumido una porción de lo que recibió; y caeremos en la desigualdad. Vuélvase mil veces al repartimiento, y mil veces se desigualarán las fortunas. ¿En consideración? pero ¿apreciará V. tanto al hombre honrado como al tunante? ¿se depositará igual confianza en este que en aquel? ¿Se encargarán los mismos negocios á Metternich que al más rudo patán? Y aun cuando se quisiese ¿podrían todos hacerlo todo?

—Esto es imposible; pero lo que no es imposible es la igualdad ante la ley.

—Nueva retirada, nueva trinchera; vamos allá. La ley dice, el que contravenga sufrirá la multa de mil reales, y en caso de insolvencia diez días de cárcel. El rico paga los mil reales, y se ríe de su fechoría; el pobre que no tiene un maravedí, expía su falta de rejas adentro. ¿Dónde está la igualdad ante la ley?

—Pues yo quitaría esas cosas; y establecería las penas de suerte que no resultase nunca esta desigualdad.

—Pero entonces desaparecerían las multas, arbitrio no apreciable para huecos del presupuesto y alivio de gobernantes. Además, voy á demostrarle á V. que no es posible en ninguna suposición esta pretendida igualdad. Demos que para una transgresión está señalada la pena de diez mil reales; dos hombres han incurrido en ella, y ambos tienen de que pagar; pero el uno es opulento banquero, el otro un modesto artesano. El banquero se burla de los diez mil reales, el artesano queda arruinado. ¿Es igual la pena?

—No por cierto; mas ¿cómo quiere V. remediarlo?

—De ninguna manera; y esto es lo que quiero persuadirle á V. de que la desigualdad es cosa irremediable. Demos que la pena sea corporal, encontraremos la misma desigualdad. El presidio, la exposición á la vergüenza pública, son penas que el hombre falto de educación, y del sentimiento de dignidad, sufre con harta indiferencia; sin embargo un criminal que perteneciese á cierta categoría preferiría mil veces la muerte. La pena debe ser apreciada, no por lo que es en sí sino por el daño que

causa al paciente y la impresión con que le afecta; pues de otro modo desaparecerían los dos fines del castigo: la expiación y el escarmiento. Luego, una misma pena aplicada á criminales de clases diferentes no tiene la igualdad sino en el nombre, entrando una desigualdad nonstruosa. Confesaré con V. que en estos inconvenientes hay mucho de irremediable; pero reconozcamos estas tristes necesidades, y dejémonos de ponderar una igualdad imposible.

La definición de una palabra, y el discernir las diferentes aplicaciones que de ella podrían hacerse, nos ha traído la ventaja de reducir á la nada un especioso sofisma, y de demostrar hasta la última evidencia que el pomposo orador ó propalaba absurdos, ó no nos decía nada que no supiésemos de antemano; pues no es mucho descubrimiento el anunciar que todos nacemos y morimos de una misma manera.

BALMES.

La última, por ahora

Preparada por elementos socialistas y republicanos y anunciada con una hojita impresa en la imprenta de «El Serpis», se verificó el domingo una de esas manifestaciones á que nos tienen ya acostumbrados los partidos de la izquierda, es decir los partidos zurdos.

El objeto de la jarana, no salió por ningún lado. Porque eso de protestar contra los desaciertos de un Gobierno, después que este ha abandonado el poder y todos los organismos gubernamentales, es... *matar á un muerto.*

Resulta en gran manera ridículo que haya partidos políticos que solo se conoce que existen cuando organizan camorras en vía pública que, según muchos, debe ser neutral y no centro de incultas algaradas.

¿Qué representan cien chiquillos y cien mozalbetes, amotinando y blasfemando en la vía pública sino un descalabro de la educación popular y un descrédito del pueblo que lo tolera? ¿No es una mengua para los partidos políticos eso de organizar y fomentar movimientos populacheros para adquirir adeptos del arroyo?

Hartos estamos de ver alterada la tranquilidad del vecindario con esas bullangueras manifestaciones que no merecen ni el nombre de tales ni el calificativo de políticas. A los ciudadunos no se les debe educar en el motín y en la mistificación, pues por ese camino no se conduce al pueblo más que al fracaso y al descrédito, haciéndole víctima ó instrumento de otros ocultos directores que explotan su buena fé.

¿Ha conseguido el pueblo alguna mejora saliendo á la calle, vociferando, maldicien-

do ó injuriando? Ninguna; y no solo no ha conseguido mejora y beneficio alguno, sino que de día en día vá desacreditándose más hasta que los elementos que le engañan, conseguirán inutilizarle para vivir á sus anchas.

Si la finalidad de las manifestaciones de ahora ha sido el celebrar la subida al poder del partido liberal Moret Montero-Canalejas- López Dominguez, desengañense los obreros: cuando más se berreará por las calles, más pronto caerá este partido para volver á subir el otro que bajó.

Mientras los manifestantes no sean hombres concientes, de criterio independiente y de sanas y arraigadas convicciones, no se forjen ilusiones los socialistas y republicanos; por el camino ese de las algarabias públicas no iran más que al fracaso, como fue ron el domingo anterior.

De todo lo cual yo deduzco que el pueblo debe pensar en preparar y laborar su situación y porvenir, y dejar á los políticos que ya pasan á la historia.

UN OBRERO.

AIRES DE EUROPA

«Sólo la bomba y el veneno,»

Nos hemos ido hoy á la patria del kaiser. ¡Es una pena que en esta casa no haya un redactor que sepa ruso! Porque nos vamos á tener que parar en la frontera, y es una peaa.

Vamos á ver qué aires reinan en Alemania.

Vamos á ver qué nota de interés nos da su prensa para la sección de hoy.

«La Gaceta do Colonia» es un gran periódico. Problamente uno de los de más circulación en el Imperio.

Puede ser que llegue á tirar un poco más que algún periódico de por acá.

¡Y eso que se llama «La Gaceta»!...

Uno de los más obscurantistas de nuestros compañeros entre sus manías regresivas cuenta con la de haber aprendido alemán.

Gracias á esto hemos podido saber lo que dice un sueltécido escrito en letra gótica, capaz de volver loco á cualquiera menos á nuestro compañero, que ya lo está á fuerza de conjugaciones.

El sueltécito es una inocente y candorosa carta del «mártir Ferrer, del infeliz que no quería hacer otra cosa que educar á la juventud sencilla en el Amor á la Humanidad y á la Ciencia.

Una Ciencia y un Amor como verá el lector amable

Escribe Ferrer á un amigo suyo:

«Para no asustarse las gentes y no dar Gobierno pretexto alguno de cerrar mis establecimientos, procuro llamarlos Escuela Moderna y no Escuela de Anarquistas, por que el fin de mi Propaganda es, lo confieso francamente, formar en mis escuelas anarquistas convencidos.

Mi deseo es promover la revolución.

Por el momento debemas sin embargo contentarnos con implantar en el cerebro de la juventud la idea de violentas agitaciones.

Debe llegar á saber que contra la autoridad y la Iglesia no existe mas que un solo Medio la bomba y el veneno.»

Indudablemente el «mártir» se las trala. La estatua que piden los franceses para él, están tardando mucho en hacerla.

Realmente la merece.

Que nos pidan el proyecto.

«La Gaceta del Norte».

Conceptos sociales

Del Obispo de Vich

La propia perfección del hombre, la elevación de su carácter, el meritorio ejercicio de su voluntad, por medio de lo cual ha de conquistarse una categoría divina, exige un periodo de lucha; y la lucha humana en la tierra es una condición para llegar al bien.

Todo progreso se obtiene, no gratis, sino mediante un esfuerzo; el vencimiento de una dificultad y el dominio de un obstáculo.

La herejía comunista y socialista y la fermentación social que de ella resulta, las controversias que origina y las luchas sangrientas que de ellas se siguen, tenemos la seguridad de que, en día más ó menos lejano, nos traerán una definición más clara y equitativa de las respectivas relaciones entre patronos y obreros, de manera que el capital y el trabajo hallarán cada uno la categoría que les corresponde, dentro de la norma de la justicia que ha de regularizar la vida de los hombres en la tierra.

La herejía comunista y socialistas es reproducción de un viejo error de filosofía social, que tuvo mucha resonancia en Cataluña en el siglo XIII, ahora más extensa y fundándose (más que en una viciosa interpretación del Evangelio como entonces), en una utópica, es decir, irrealizable concepción de reforma como ellos dicen, de la sociedad, pero que no es reforma de la sociedad, sino de la naturaleza.

Redacción y administración:
Plaza de San Agustín núm. 26

TIP. «LA BUENA PRENSA»